

Noviembre; mes de santos y de difuntos. Tiempo para el recuerdo y la memoria agradecida

Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. (Mt 5)

Jesús, la gente se te acerca. No importa la condición de cada uno. Muchos son los que te buscan, muchos lo que quieren verte y escucharte.

Santo Tomás lo hizo desde la Teología y el saber, a San Francisco toda la naturaleza le hablaba de ti, San Ignacio aspiraba a amarte y servirse en todo, la Madre Teresa de Calcuta te descubrió entre los más pobres y olvidados de nuestro mundo, el padre Arrupe nos invitaba “sentir a tu modo”...

Quiero acercarme a ti Señor, sentir tu presencia, oír tu palabra, escuchar tu voz susurrándome como hacías a los profetas: “eres mío, te llevo tatuado en la palma de mi mano”.

Soy tuyo Señor. ¿Dónde te busco? ¿Qué lugares, qué personas me hablan de ti? ¿A dónde acudo cuando quiero encontrarme contigo?

Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: Bienaventurados. (Mt 5)

Jesús, estos días hemos recordado a nuestros santos y a nuestros difuntos.

Los primeros nos señalan un camino, el camino de la felicidad; nos hablan de una Historia... tu Historia; los segundos, nuestros difuntos, nos recuerdan que esa Historia ese camino está enraizado en mil historias y detalles particulares y concretos.

Honrar a nuestros santos, recordar a nuestros difuntos significa honrar nuestra historia, sentirnos orgullosos de ella. Supone decirles a todos los que nos precedieron: “no te olvido; y no te olvido porque has sido y eres importante en mi vida...” pues de alguna manera Tú me hablas a través de ellas.

Quiero escuchar tu Historia Señor, quiero que poco a poco la mía se vaya entrelazando con la tuya para llegar a ser una sola.

Mi historia es tu Historia. Hago memoria agradecida. ¿Quiénes han hecho mi vida más feliz? ¿A quiénes debo aquello que soy?



Alegros y regocijados, porque vuestra recompensa será grande en los cielos. (Mt 5)

**SI APRENDO A CONOCERTE
ENTONCES TE AMARÉ
Y SEGUIRE TUS HUELLAS
JESÚS DE NAZARET (bis).**

Manos que, cuando tocan, proclaman libertad.
Mirada que descubre lo bueno de la gente.
Caricias que devuelven la luz a ojos cegados.
Brazos que están abiertos a quien es diferente

Comiendo con los hombres por todos rechazados.
Secando con ternura lágrimas de mujer.
Llorando por tu amigo apenas sepultado.
Perdonando a ese hijo que se atreve a volver.

Jesús, si algo nos han sabido transmitir los “santos”, las personas que te han sido fieles; ha sido la alegría de saberse acogidos por ti. Es fácil imaginar en el monte de las bienaventuranzas a toda esa gente... como observan cada uno de tus gestos, cómo escuchan cada una de tus palabras... no tienen ojos y odios para otra cosa... bienaventurados los pobres, los que sufren, los humildes, los que tienen hambre y sed de justicia, los compasivos, los de corazón limpio, los que trabajan por la paz, los perseguidos, los marginados... Veo también como les cambia el rostro, como se ilumina su cara al oírte, al saber que esas palabras van dirigidas a ellos; que son ellos los llamados a formar parte de tu Historia.

Puedo también imaginar tu rostro; alegre, encendido, feliz... lleno de Dios y de su Reino.

Quiero sentirme bienaventurado Señor, quiero ser pobre, humilde, compasivo, pacífico... que venga a nosotros tu Reino, que se haga tu voluntad en todas partes; en el cielo... y también aquí, en la tierra.

Eterno Señor de todas las cosas, siento tu mirada puesta en mí, sé que tu Madre está aquí cerca y que, en torno a ti, hay una multitud de hombre y mujeres, de mártires y santos. Si tú me ayudas, quisiera ofrecerte a ti: es mi determinación más firme y mi deseo. Si Tú me aceptas, proceder en este mundo como tú procediste. Sé que viviste en una pequeña aldea, sin comodidades, sin educación especial. Sé que rechazaste el poder político. Sé lo mucho que sufriste: las autoridades te rechazaron, los amigos te abandonaron, pero, para mí, es algo maravilloso que me invites a seguirte de cerca.

Adaptación de los Ejercicios de Ignacio

